

## MAYO DEL 68: EL CREPÚSCULO DE UNA ILUSIÓN

**N**o pienso hoy que podamos –como el Chateaubriand que rememora aquel *annus mirabilis* de 1789– escribir que en el 68 “vimos terminar y comenzar un mundo”. Es ése el privilegio de quienes han vivido el tiempo de la revolución. Para nosotros, hubo sólo el de sus vísperas. Sin desenlace. Y el 68 fue eso: las vísperas de una revolución que no aconteció, que sólo dejó abierto el largo desierto de esperanzas que iba a apoderarse del inmediato fin de siglo. Han pasado cuarenta años. Me afianzo en la certeza de que, contra lo que algunos pudieran fantasear entonces, el 68 fue más el cierre de una época, ya condenada a no tener continuidad, que la apertura de un ciclo histórico nuevo. El último acto del proyecto revolucionario del movimiento obrero del siglo diecinueve. Todos los elementos de su simbólica se dan en ese gran laboratorio de la revolución teorizada que fue mayo del 1968... Para acabar por estrellarse contra un muro no previsto: un poder difuso, ilocalizable en formas institucionales, que burló todo intento de ser “tomado”. De ahí, el brusco vacío que se abrió, casi de inmediato, bajo los pies de sus herederos, y en cuya rigurosa carencia de futuro hemos aprendido a instalarnos. Una cierta muerte de lo político, tal como lo político fuera concebido después de 1789 y, sobre todo, de 1848. Como con gran exactitud sintetizaba Marcel Gauchet, el 68 es, ante todo, “la experiencia de una decepción política e intelectual, la

---

Gabriel Albiac es catedrático de Filosofía, Universidad Complutense de Madrid. Columnista del diario *La Razón*.

experiencia de una ilusión histórica y de una desilusión”<sup>1</sup>. Y, por supuesto, aquí el término ilusión –y su correspondiente, “desilusión”– debe ser tomado en el rigor de su uso freudiano como “alucinación menor”.

## LA BARRICADA DEL PALAIS ROYAL

Y en ese sentido de emergencia tras una alucinación histórica de siglo y medio lo percibe –con lucidez asombrosa– André Malraux, desde su despacho de ministro de Cultura en el Palais Royal, sobre la marcha misma de los hechos. La escena está narrada en una larga anotación de las *Antimemorias*<sup>2</sup>, que minuciosamente entreteje, como siempre, realidad y ficción narrativa.

París. 6 de mayo de 1968. Ministerio de Cultura. Palais Royal. Dos sexagenarios hablan. El atardecer, tras las vidrieras del palacio, es de una belleza conmovedora. El crepúsculo del cual son ambos portadores no lo es menos. Mi libro sobre el 68 (*Mayo del 68. Una educación sentimental*) arranca de esa foto fija ante la erosión del tiempo. Los dos sexagenarios se llaman André Malraux y un Max Torres que apenas enmascara el rostro de Max Aub. No se han visto desde 1938 en el fragor de la guerra de España: “Es asombroso. Me decía a mí mismo, al subir esta noble escalera del siglo XVIII: dos amigos que se hubieran separado antes de la Revolución Francesa y que volverían a verse tras la muerte de Napoleón. Europa es otra. Y tenemos el aspecto de un par de amigas de colegio que se vuelven a encontrar cuando son madres ya de hijas adultas”. A intervalos, un mayordomo va transmitiendo al ministro Malraux los telex que dan cuenta de la batalla campal en el Barrio Latino. El combatiente de la sierra de Teruel y del maquis, el mitómano de inteligencia prodigiosa, va tomándolos con desgana de su bandeja de plata, los anota con displicencia rápida: “No he sido el sucesor de mí mismo. He perdido mi cáscara”. Treinta años: el tiempo de extraviar una vida. El revolucionario es ahora ministro. Y los de la calle hablan un lenguaje que le es literalmente ininteligible. El del Daniel Cohn-Bendit de entonces, cuando aún

<sup>1</sup> **Marcel Gauchet:** *La condición histórica*; Madrid, Trotta, 2007, p. 36.

<sup>2</sup> **André Malraux:** *Le miroir des limbes*; París, Gallimard-Pléiade, 1976, pp. 581 y ss.

tenía talento, antes de dar en su penosa decadencia de funcionario político: “Prescindir en la práctica de las tentaciones judeocristianas tales como la abnegación o el sacrificio. Comprender que la lucha revolucionaria no puede ser más que un juego al cual todos sientan deseos de jugar”. Bajo los adoquines levantados, la playa dice irrumpir, cegadora. “Es la cursi realidad en que vivimos”, anota el aristocrático Malraux. “Al Lenin que conocí no le hubiera gustado lo más mínimo”.

Cuarenta años han pasado, ahora, desde aquel diálogo. André Malraux se pudre bajo la solemne necedad del Panteón de hombres ilustres. Nosotros nos pudrimos bajo el aún más necio panteón de esta Europa, como un cascarón vacío, donde el siglo cerró su circular deriva. Nada. Ni siquiera la épica de un pasado cuyas huellas fueran en algo reconocibles.

Nos veo ahora con los ojos cansados con los que André Malraux nos veía entonces. Veo lo que fuimos. Y de lo cual tampoco nosotros hemos sabido ser los herederos. Lo que fuimos. Lo que evocaba uno de los personajes de mi novela *Últimas voluntades*: ingenuos, solitarios, torpes, sin brújula, perdidos, ilusos, huérfanos, entusiastas, lúcidos e ignorantes, inútiles, sobre todo inútiles, desolados, metódicos en la anarquía y en algo que tal vez creímos sinceramente ser delirio o apocalipsis, escépticos en lo más hondo sin tener de qué, teatrales, con frecuencia taciturnos, desgarrados entre retórica y grito, ajenos, extranjeros, locuaces porteadores de sombras y fantasmas, nunca sueños –eso nunca, nunca más los sueños de los cuales nació sólo Gulag, exterminio–, y en extravíos tan prolijos como largos teoremas matemáticos, indolentes en lo más hondo, extraños y, en el fondo, tan vulgares. Nunca adultos. Fue hace mucho. Fuimos. En el oropel de un mundo engalanado con encajes viejos que se deshilachaban en polvo ya y ceniza y que tomamos por deslumbrantes trajes de noche. Baile cómico de debutantes que hondean –sin saberlo– los harapos familiares, olor de naftalina y polvo, roídos los encajes por las polillas, moho... La orquesta desafina y suena falso, todo es ruina, la pintura se desconchó hace un siglo en las paredes y dejó un poso triste de cal, un perfume de lenta podredumbre, húmedo y silencioso en torno nuestro, en torno de nosotros que giramos. No hay espejos que den el fulgor triste de la imagen, los que quedan son misericordiosamente turbios, no nos dicen, al pasar, la torpeza

del plomo en nuestras alas. Parece todo el decorado pésimo de una película neorrealista. No lo sabemos. Fuimos.

Cuarenta años pasaron. Muro de la Sorbona: “¡Corre, corre, camarada! ¡El viejo mundo te pisa los talones!”. Pero el viejo mundo éramos, con algorítmica precisión, nosotros.

## DESTRUIR, DICEN ELLOS...

10 de mayo de 1968. Viernes. Medianoche. París, Barrio Latino. Tan sólo de barricadas, el paisaje. Tótems míticos sin función material. La barricada fue objeto real en el París revolucionario del XIX, como artillugio militar indispensable para cortar el avance de jinetes armados y de artillería. Su apoteosis la dibujó el Flaubert de *La educación sentimental*<sup>3</sup> en el cuadro fantasmagórico de Frédéric Moreau vagando por el desorden nocturnal de 1848, reflejo de su desorden propio. Medianoche del 10 de mayo de 1968. Viernes. Algo más de un siglo y media docena de revoluciones de por medio. Y una crepuscular resonancia épica, cuya solemnidad tiene el sabor –pero sus protagonistas no lo saben– ya de una elegía. La barricada no es útil para cortar el paso a ninguno de los artefactos bélicos de final del siglo XX. Tácticamente es ociosa: un decorado de película o teatro, que debería dar risa. No la da. El adoquín, arrancado al pavimento, no busca levantar barrera; pone paraíso<sup>4</sup>. Ahora. No después, no al final del mitológico tiempo de las sucesivas transiciones. Sin tiempo. Paraíso aquí: el juego es, en sí mismo, como Pascal enseña, abolición del tiempo. Nada cuenta, más allá de aquello que se toma en un presente suspendido *sub specie aeternitatis*. No hay nada que es-

<sup>3</sup> En guiño al cual toma título mi libro sobre el 68: *Mayo del 68. Una educación sentimental*; Madrid, Temas de Hoy, 1993.

<sup>4</sup> Cfr. **Geismar, A., July, S., Morane, E.:** *Vers la guerre civile*; París, Éditions et Publications Pre-mières, 1969: “La barricada es el orden del deseo. No tiene la menor utilidad militar. Cualquier polí puede saltar sobre ella sin problema. Y, sin embargo, juega una función que es tal vez decisiva: define dos territorios; hay ahora un territorio del poder y uno de los manifestantes. La barricada es la marca de la diferencia radical, de la oposición irreductible. Es el orden revolucionario contra el orden burgués. La barricada es la delimitación de un lugar de la palabra, de un lugar donde el deseo puede inscribirse y llegar a ser palabra. En el Boulevard Gay-Lusac cristalizó una muchedumbre de fantasmas”.

perar ni que temer. Ahora es paraíso, donde antes fuera infierno. Toda transición miente. En lo esencial: que lo dejado para luego, queda para luego siempre. El adoquín no alza fortalezas: no hay futuro que pudiera justificar su alzado. El adoquín es el presente de una felicidad que nada planifica: el absoluto. Religioso. Sagrado, si se prefiere. Como todo absoluto. No hay nada que esperar: no socialismo, sobre todo. No hay nada que temer: no este aburrido pudrirse en la sensata repetición –pero hay cosas peores– al cual llamamos sociedad burguesa. Sólo hay la noche alzada en armas. De juguete: eso sellaría la crucial diferencia francesa; ni en los años más límite del terrorismo, se cruzó la frontera de la munición de salva. El placer no delegado de jugar con ellas. Jugar sólo. Frente al gigantesco Estado que todo puede y que todo controla. Armas en la noche. De juguete. Inteligencia, adoquines, cuerpos que, por primera vez, se reconocen. Placer ahora, para el cual no poseen nombre. Se lo darán. Anacrónico: *comunismo ahora*.

Y claro que bajo el adoquín no había playa.

Pierre Goldman deambula, esa noche, entre el ajeteo de la desadoquinada Plaza Edmond Rostand, en el corazón del territorio salvaje. Contempla aquel teatro. Nada entiende. ¿Gustarle? –Aún menos.

Él empezó esta historia que concluye ahora. Fue allá por el 65, cuando la voladura de la organización universitaria del anacrónico PCF. Ha negociado ya su incorporación a la guerrilla en Venezuela. Ve todo aquí como un gran guiñol. ¿Dónde están los fusiles?, se pregunta. ¿Dónde, los tanques? Porque no se hace una revolución sin fusiles ni tanques. Los compañeros se han vuelto locos. O están jugando. Nada entiende. Los compañeros son sólo media docena de años menos viejos que él, que tiene veintipocos. Milenios los separan. Huirá de París a la guerrilla latinoamericana –no será el único–; de la efímera guerrilla, y ya de nuevo en París, al bandolerismo urbano; de allí a la cárcel. Escribirá el más bello de los testimonios de su generación: los *Recuerdos oscuros de un judío polaco nacido en Francia*<sup>5</sup>. Luego, libre ya y reportero del diario *Libération*, que

<sup>5</sup> Goldman, P.: *Souvenirs obscurs d'un Juif polonais né en France*; París, Seuil, 1975.

dirige otro de los colegas de entonces, Serge July, un comando ligado a los germinales GAL lo asesinará a tiros: 20 de septiembre de 1979; su hijo nacería unas horas luego.

Pierre Goldman, tan joven y ya tan dejado atrás por el curso del tiempo en aquel 10 de mayo de 1968, en el segundo viernes rojo, vagando, ojos abiertos, a través de una insurrección que él inició tres años antes y que ahora ya no entiende. “Me parecía que los estudiantes difundían en las calles, en la Sorbona, la oleada malsana de un síntoma histérico. Bajo formas lúdicas y masturbatorias satisfacían su deseo de historia. Me chocó que no tomaran otra cosa que la palabra y que se regocijasen en ello. Sustituían la acción por el verbo... Fui a hablar con los dirigentes y les propuse una acción armada. Abrir fuego contra las fuerzas del orden... Me miraron como a un loco”. Lo echaron a patadas. No sólo los padres del PCF, también los hermanos mayores habían perdido pie. Quedaba sólo un chaval pecos y sin historia, otro más que, pasados los años, envejecería fatal, pero ¿quién sabe envejecer? Hablaba por los micros de las unidades móviles de radio, concentradas en París por el inicio de las conversaciones para la paz en Vietnam: *On s’amuse!* ¡A divertirse! Saltaba la política en pedazos. Ningún futuro había en mayo. Placer desnudo del presente, sólo. Nada que construir. Sólo romper: rompedlo todo. Duras lo fija en tres palabras: *Détruire, dicen ellos...*

## ASSEZ VU! EL VIAJE A ORIENTE

Lo veo ahora con la fascinación glacial con la cual uno mira un fósil. Un fósil: nuestros 18 años. También, con la certeza de que eso que, bajo la denominación de *maoísmo*, inventan los hijos del 68, y despliegan en un vertiginoso ciclo vital de menos de un decenio, es la última versión, en el siglo XX, de una mitología básica del intelectual –y, aún más, del artista– burgués que el siglo XIX configura: el *viaje a Oriente*.

Varias generaciones han soñado, bajo ese metafórico salir del mundo que procura el exotismo, consuelo a las siempre insalvables frustraciones de la realidad presente. Y esa mitología ha sido –como a toda mitología funcionalmente corresponde–, a un tiempo, el sucedáneo y la prótesis, el

sedante y la teatral exaltación de las propias carencias. *Nostalgia del país que se ignora*. No es difícil rastrear ese suplemento de exaltación anímica en la acumulación de épica y hedonismo, por igual fantasiosos, en el orientalismo pictórico del último tercio del siglo XIX. Suplencia, casi patéticamente tangible, en la delectación epistolar de un Flaubert que busca en los burdeles del Cairo la magnificación literaria de las raquílicas fantasías que su provinciana Francia profunda le niega<sup>6</sup>. Exquisitamente falsa en la fulgurante narración del Nerval que, en las fronteras mismas de lo onírico, le dará su versión canónica<sup>7</sup>.

¿Qué es Oriente para todos ellos? El lugar, espacialmente indefinido, en el cual es probable –y aun norma, tal vez– lo imposible (*Soyez réalistes, rezaba el cartel de la Sorbona, exigez l'impossible!*); el imaginario territorio del deseo satisfecho: aquello que, por definición, es lo contradictorio. Sólo Lacan lo entendió de inmediato: *Vous voulez un maître; vous l'aurez*.

Rimbaud, que cruzará del otro lado, en ese fatal paso al acto que define su tránsito de poeta a delincuente, lo sabrá una huida, quizá eso hace de él el icono mayor, pasados los años, de las gentes del 68. Esencialmente, un suicidio, que se consuma sólo cuando todo lazo de placer en lo real –aun el más imaginario– se ha roto: hastío: *Assez vu!*

*“Todo visto. La visión ha chocado con todos los aires.*

*Todo poseído. Rumores de las ciudades, por la noche, bajo el sol, y siempre.*

*Todo conocido. Paréntesis de la vida. ¡Oh, rumores y visiones!*

*¡Huida hacia la afección y el ruido nuevos!”<sup>8</sup>.*

<sup>6</sup> Cfr. **Flaubert, G.:** *Correspondance*.

<sup>7</sup> **Nerval, G.** de: “Voyage en Orient”, en *Oeuvres complètes*, vol. II, París, Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, 1984, pp. 171-881.

<sup>8</sup> “Les illuminations”, en **Rimbaud, A.:** *Oeuvres Complètes*; Paris, Gallimard, Bibliothèque de la Pléiade, 1963, p. 183.

La revolución cultural fue el último paréntesis en la vida, buscado por esos nuevos –y tan viejos– viajeros del Oriente. La última huida creíble también –aunque quizá ya no demasiado– del siglo XX.

¿A qué ausencia suple, de qué deseo irresuelto es prótesis o sucedáneo la Gran Revolución Cultural Proletaria (toda con muchas mayúsculas) en la joven Europa de final de los sesenta? De la revolución. Por supuesto. O, para ser más precisos, del comunismo. Esa cosa que había ya huido del horizonte europeo, dejando la densidad de un vacío que lo es tanto como aquél de los dioses evocado por Hölderlin<sup>9</sup> un siglo y medio antes. El genocidio staliniano lo ha barrido de cualquier cabeza que no esté alterada por la locura o por la fe más ciega en los sujetos más nefandos: los herederos de la Komintern en el Oeste de Europa. Su ausencia es aún inconfesa –más de una década tardarán en alzar acta de ella los huérfanos de entonces–, pero ya palpable, quizá más en estéticas y morales que en política.

Del comunismo, que fuera fe estrictamente religiosa en los años de entreguerras, no quedaba ya, a final de los sesenta, más que un despotismo vacío y al borde mismo de la ruina: la URSS y su andrajoso imperio de países con las armas en la nuca. Más la pléyade parasitaria –es hoy, quizá, lo más doloroso, porque no era inevitable, porque es sólo la última aventura de esa cosa terrible a la cual llama Étienne de la Boétie servidumbre voluntaria<sup>10</sup>– de los tan confortables y tan cómplices partidos comunistas europeos.

Fue entonces cuando nuestro deseo generacional se inventó China. Y en ella un acontecimiento sacral que nos salvaría de la ignominia soviética –quizá fuera más justo decir ignominia rusa, porque soviets, lo que se dice soviets, no parecen haber existido jamás, salvo en la imaginación de Vladimir Ulianov–: la Gran Revolución Cultural Proletaria (con todas sus mayúsculas). Teología purísima.

<sup>9</sup> Hölderlin: *Brot und Wein*.

<sup>10</sup> Étienne de la Boétie: *Discours de la servitude volontaire ou Contr'un*.



Fue un invento a la medida exacta de nuestras necesidades. La realidad no lo contaminó jamás: ni en sus orígenes ni en su larga década de desarrollo autista. La China real y la real revolución cultural (ya sin mayúsculas) jamás tuvieron ni un hueco en aquel universo de medidas alucinaciones. Era –la fórmula la propondrán dos ex dirigentes maoístas franceses<sup>11</sup>, quince años luego– “China en nuestras cabezas”, “la GRCP en nuestras cabezas”, con la exacta función de eso que en psicoanálisis se llama una transferencia: de un horror se hacía instrumento, para salir de otro horror más antiguo. Antes de abandonarlo todo. Quienes lo consiguieron. No todos. Por supuesto.

## TIGRES DE PAPEL IMPRESO

Éramos bibliotecas andantes. Los del 68. Nunca, en el siglo XX, hubo generación que devorase así los libros. Con el ansia fundamental de una misión sagrada: en los libros estaba la clave del inminente trastrueque del mundo. Del mundo que iba, al fin, a ser establecido sobre firmes principios racionales. El tránsito de la prehistoria a la historia, liberada, por fin, de irrationalidades bárbaras, lo sentíamos al alcance de nuestros dedos: apenas un empuje más, apenas... Había que saberlo todo. Para poder, al fin, hacerlo todo. Todo. No ha habido generación más hambrienta de sabiduría que aquella de los que, con menos de veinte años entonces, nos sabíamos destinados a resolver el majestuoso teorema de un mundo liberado, al fin, de estupideces y opresiones. Lacan y Lévi-Strauss eran best-sellers: lo impensable.

Fue una ilusión. Claro. Lo habríamos de saber muy pronto, leyendo al glacial Freud de 1914. La ilusión de una sociedad liberada de irrationalidades es la más incurable de las fantasías humanas. Apenas una forma menor de la alucinación, en el menos preocupante de los casos. Aprendimos a sobrevivir con la larga melancolía que hay siempre en el conocimiento de las propias invalideces. Nos supimos derrotados. Bien estaba. Supimos igual-

<sup>11</sup> Lardreau y Jambet, en *L'ange*.

mente que en aquella derrota se alzaba nuestro monumento. Y que éste era descomunal, tanto cuanto doloroso: haber sido la más libresca de las generaciones, la más precoz también; y, así, la más espiritualmente herida. Una efímera y fallida aristocracia. Como el Talleyrand de los tiempos de antes de la revolución, también nosotros podríamos decir que aquellos que no vivieron nuestra hipnosis ante la letra impresa no tienen la menor idea de lo que pueda ser la dulzura de haber vivido. Ni de su amargura.

Los maoístas, cuyas simbologías fueron las verdaderas protagonistas del 68, habían nacido apenas dos años antes. Y en las bibliotecas. En Francia, como en Europa. También los españoles. Sobrevivirían apenas un decenio, tras aquel instantáneo nacer al absoluto. También los españoles. Yo los recuerdo, sobre todo, de un año más tarde. De aquel que fue el tan extraño verano parisino del 69 para la recién nacida extrema izquierda estudiantil española.

Merodeaban en torno a la librería de la rue Git-le-Coeur, a dos pasos de la Fontaine Saint Michel. Más un garaje pequeño que algo que se parezca a lo que es convención llamar librería. Merodeaban, con sus modos infinitamente serios. La irrevocable dureza de su acento castellano teñía su elemental francés de andar por casa. Habían sobrevivido, mal que bien, al estado de excepción de enero del 69. Empezaron de cero. Fue una suerte que, al final, salvó a muchos. Carrero Blanco los había liberado de la sombra paterna del ya vetusto PCE. También de la tutela de aquella generación, híbrida de cristianos, trotskistas y diversos izquierdismos bienintencionados, que fue la de un FLP al cual, con el paso de los años, sólo salva en la memoria el excepcional Julio Cerón. Hasta el ecléctico SDEUM, sin el cual nada de lo que vino luego hubiera sido imaginable, se había ido ya para siempre a pique, y, con él, las ilusiones, tan infantiles, de un territorio comanche con base en las universidades y existiendo al margen del franquismo.

De la orfandad política habían hecho privilegio. Y, al tratar de nominar aquella arrogancia suya, restablecieron, sin saberlo, el hilo de las filiaciones. Se llamaron a sí mismos *maoístas*, tal vez, sin más, porque era China lo que caía más lejos. Física como simbólicamente. Y era, así, menos probable que viniera, sin aviso, a hacer añicos con su realidad la ilusión de vida heroica

impecable, en la cual se habían instalado –no por mucho tiempo, desde luego, pero eso ellos entonces lo ignoraban. Tenían entre diecinueve y veintipocos. Carecían, así, de memoria. Eran la segunda generación del movimiento estudiantil bajo el franquismo. Pero ellos creían ser, tan sólo, los inventores del mundo.

*Git-le Coeur*. También *Norman Béthune*, *Maspéro*, *La joie de lire...* Todo giraba en torno a las librerías. El maoísmo europeo –también el español– estaba hecho de papel y letra impresa. Nunca se leyó tanto ni con una ansiedad tan loca. “Tigres de papel”, rezaba la letanía del Presidente Mao. Ellos no lo repetían. Ellos eran, sin saberlo, aquellos literarios tigres. O tal vez, tal vez, mejor topos, conforme a una metáfora más vieja, topos del París brillante, a cuyo través pasaban virginales. O, tal vez, sólo, ratones ahídos de biblioteca, extraviados ya, mucho antes de haber visto siquiera la luz del mundo. Pero ellos se hubieran dejado arrancar la piel a tiras antes que confesar, que confesarse, esa sospecha.

Había además la Cinemateca. Porque el cine fue pieza central de su iconografía. Tal vez, aun más, si eso es posible, que las bibliotecas. Los recuerdo a la salida de *La Chinoise* de Jean-Luc Godard. Taciturnos, sesudos. Los puedo ver disertar sobre el esteticismo pequeñoburgués de aquel “maoísmo de salón”, hecho de *nouveau roman* y Apocalipsis. Y puede ser que lo hubieran leído en el número dos de los *Cahiers marxistes-leninistes* que publicaban los de la Union des Jeunesses Communistes Marxist-Leninistes de France (UJCMLF) en los sótanos de la muy respetable École Normale Supérieure de la *rue d’Ulm*. Aunque lo más probable es que no. Que lo supieran simplemente porque no tenían más remedio que saberlo. Porque el espejo de Godard era demasiado explícito para soportarlo sin derivar hacia alguna sesuda coartada salvadora.

Fue el verano de la guerra. Luego del estado de excepción y en vísperas de lo irreversible: las primeras derivas hacia la alucinación armada. París ya había sido alquitranado. El mundo era otro. No lo sabían.

Podría ahora repetir sus nombres. Pero los traicionaría. No tenían nombres. Sólo “ideas correctas”. Y la incontenible certeza de la revolución, la in-

contenible certeza de que era justo rebelarse. Y es cierto que algunos murieron, y hoy sabemos que murieron o hicieron polvo sus vidas, para nada, peor que para nada. Pero eso, todo eso, es ahora. Entonces, nada, absolutamente nada era imaginable que pudiera frenar el rodar de aquel ciclón, de aquella avalancha iniciada en Oriente en el nombre de Mao y en el signo de su escritura, de aquella avalancha que iba a purificar el mundo, el nuestro, a hacerlo otro. Otro: un mundo, al fin, vivible.

El maoísmo no era nada. Salvo el deseo de una generación. De una generación que ninguna fe podía otorgar ya a la abominación llamada *socialismo* en los países del Este de Europa, ni a los partidos que representaban sus intereses en el Oeste.

El 68 había sido, sin duda, el punto sin retorno de sus biografías políticas. De él, los *pecés* europeos salieron como residuos, pura arqueología. Iban a poder sobrevivir malamente un par de décadas. Pero su tiempo había periclitado: la renovación generacional había quedado irreversiblemente rota. No tenían ya nada: ni programa, ni prestigio, ni siquiera discurso que hablara una lengua medianamente audible. Nada había, pues, de extraño en que quienes quedaron marcados por aquel estallido de final de los sesenta se sintieran, no ya ajenos, sino mortalmente enfrentados a la casta de los funcionarios al servicio del expansionismo soviético. Mediados los sesenta, el PCF detentaba un estable 20% del voto francés. En los noventa, había prácticamente desaparecido como fuerza parlamentaria. La repugnancia hacia la dirección de los partidos comunistas fue, para el naciente maoísmo europeo, una prolongación lógica de la narrativa repugnancia hacia los arquetipos de la explotación capitalista.

De algún modo, la elección del calificativo *maoísta* fue un accidente. Inevitable tal vez, puesto que la orfandad completa es difícilmente soportable en política y puesto que el único Estado socialista enfrentado casi militarmente a la URSS era la China de Mao. Maoísmo fue, inicialmente, rechazo de la URSS y de sus filiales. Se construyó, sobre ese malentendido básico, una mitología desafortunada de la lejana China Roja, que abarcaba, desde la extasiada descripción –casi onírica– de una democracia de masas sin preeminencia del Estado, personificada en la Revolución Cultural de los Guardias

Rojos, hasta la elevación a canon teórico de hasta el más ínfimo texto salido de la pluma del Gran Timonel. Fue un delirio. Sin justificantes.

## ORIENTE ES ROJO

“Revolución Cultural”, la consigna bajo cuya invocación mántrica se dio cobertura a aquel mundo manicomial, no era, hemos dicho, nada. Real. Para nosotros, que nos la habíamos inventado a la medida. Pero hubo una GRCP real. Vaya si la hubo. Para tragedia de cientos de miles de sujetos lejanos, tan lejanos que ni se nos pasó por la cabeza que existían.

Llamemos a las cosas por su nombre. La “Gran Revolución Cultural Proletaria” fue dos cosas. Diferenciadas e incompatibles. Una sucedió muy lejos. La otra la soñó Europa. Ambas trastocaron vidas y mundos. Fueron mutuamente ajenas. Una se resuelve en enmarañada guerra civil de bajas nunca confesas, entre 1966 y 1969 (con estertores que llegan al 71): emerge vencedor el viejo Mao-Tsé-Tung. De la otra, no hubo vencedores; derrotados, sí: los últimos residuos del cordón sanitario de partidos que tendiera Stalin para su propia defensa externa, se desmigajan tras el 68; la agonía durará dos décadas: hasta el otoño del 89.

China, pues, primero. Guerra civil, sí. Pero no sólo. De quedar en eso, no hubiera fascinado tanto. Guerra civil que inicia el máximo dirigente del Estado llamando a los más jóvenes de sus adeptos a destruir el Estado y –más sorprendente aún– el Partido, de los cuales él es símbolo. “¡Abrid fuego contra el Cuartel General!”: ordena el Jefe Supremo del Cuartel General. El 8º pleno del Comité Central del P.C. de China abre así, en agosto de 1966, uno de los más paradójicos movimientos insurreccionales de la historia moderna.

Sabemos hoy lo que había tras aquel llamamiento. Una lucha a muerte en todas las instancias del Partido. De un lado, Liu-Shao-Shi, Deng-Xiao-Ping y los partidarios de modelar China sobre el espejo de la URSS. De otro, Mao, Lin-Piao y quienes juzgan llegada la hora del comunismo inmediato. Entre el cenizo discurso de las inacabables transiciones y éste

del asalto del cielo, la elección no fue dudosa para los jóvenes estudiantes urbanos, aristocracia intelectual y política del país. Organizados en Guardia Roja, se lanzaron a la conquista de la soñolienta China rural, abrieron fuego contra Ejército, Estado y Partido. Se rebelaban. Era justo, les dijeron. Mao: “El marxismo supone muchos principios, pero todos ellos pueden reducirse a una sola fórmula: la razón está del lado de quienes se rebelan; es justo rebelarse”. He tratado de rastrear en mi libro *Mayo del 68*<sup>12</sup> hasta qué punto esa ingenua fórmula fue la clave de la “educación sentimental” de mi generación: rebelarse. Es fascinante que todo estuviera asentado sobre un inmenso engaño: la imagen de una China libertaria que era un puro delirio de nuestro deseo, tras cuya retórica, la matanza más arbitraria permanecía invisible. No por ello los efectos fueron menos esenciales

Porque el maoísmo europeo no era, al fin, nada, sino ese deseo vacío. Deseo de una generación que ninguna fe podía otorgar ya al “socialismo” del Este de Europa, que ninguna fe podía otorgar ya a los mortecinos agentes a su servicio en que habían venido a terminar los viejos partidos obreiros. De esa soledad política hicieron privilegio. Y, al tratar de confirmar en el nombre de la Gran Revolución Proletaria aquella arrogancia suya, restablecieron, tal vez sin saberlo, el hilo de las filiaciones. Vino luego la resaca. Raras noticias llegaban de China: 1970, purga de Chen-Po-Ta; 1971, Lin-Piao abatido sobre el cielo de Mongolia en plena huida del paraíso; Guardias Rojos masacrados por Ejércitos Rojos en rojas y recónditas campiñas sin nombre... El tiempo de la revolución dejaba tan sólo las ruinas dispersas de una generación a la que no le fue dado llegar a la edad adulta. Al menos, no sin renunciar a casi todo. El maoísmo fue un sueño. Al despertar, el mundo apareció, como siempre, irreparable.

El *Libro Rojo* que reposa sobre mi escritorio –fetiche, recordatorio o tal vez sólo cachivache pintoresco– es un ejemplar de la edición china de 1968. Un amigo dio con él en un mercadillo pequinés hace un decenio; no pueden quedar muchos: la “Introducción” de Lin-Piao –eliminada en edi-

<sup>12</sup> *Mayo del 68. Una educación sentimental*; Madrid, Temas de Hoy, 1993.

ciones posteriores— hizo de él materia combustible. El Guardia Rojo que fue su primer propietario se cuidó luego de borrar minuciosamente las huellas del nombre que había escrito en la primera página. En la monotonía melancólica de este final de siglo, me pregunto si aquel joven de entonces sigue vivo.

## UN MAUSOLEO PARA LA JOVEN GUARDIA

Nada, al fin, ha quedado de aquel delirio. Mejor así. Los años ochenta se llevaron a los últimos residuales de aquella alucinada *joven guardia sesentayochista*. Quedaron sólo sus ínfimos enquistamientos armamentistas, cuyos rebrotes cíclicos (de las Brigadas Rojas a ETA o GRAPO) mueven hoy más aún a compasión que a ira. El tiempo de la revolución imaginaria dejó tan sólo las cenizas dispersas de una generación que se soñó brillante. Que tal vez lo era. O hubiera podido, tal vez, llegar a serlo. El 68 fue un sueño europeo de dos décadas. Al despertar, el mundo apareció, como siempre, irreparable. Y la conciencia humana algo más turbia. Pero, al menos, en la desilusión hay un fondo primordial de sabiduría.

# LA ILUSTRACIÓN liberal

---

Revista española y americana

Invierno 2007-2008

NÚMERO

34



• • •

HORACIO VÁZQUEZ-RIAL: *Barcelona en el sueño*

MIKEL BUESA: *El pufio vasco*

CRISTINA LOSADA: *Terrorismo y medios de comunicación (y II):  
El lenguaje del “proceso” y su hechizo*

MARCELO BIRMAJER: *Aznar desde la otra orilla*

CARLOS ALBERTO MONTANER: *La imagen de los cubanos o el estereotipo mutante*

CARLOS SEMPRÚN MAURA: *Paseo entre tumbas y estatuas*

DAVID SARIAS: *El Manifiesto de Euston y la conciencia de la izquierda*

• • •

RETRATOS: Manuel José Quintana • Lord Acton

RESEÑAS • EL LIBRO PÉSIMO • EL RINCÓN DE LOS SERVILES

• • •

Y acceda a los contenidos  
de todos los números anteriores  
en nuestra página web

[www.lailustracionliberal.com](http://www.lailustracionliberal.com)

[lailustracion@libertaddigital.com](mailto:lailustracion@libertaddigital.com)